

Sin embargo, este toque divino fué instantáneo.
—¿A qué esta cobardía ridícula?...—exclamó, después de un instante de indecisión—. El Padre es rico... Yo necesito dinero... ¡Oh..., lejos de mí, ridículos temores!

Y animado con estas palabras, tocó a la puerta.

—Adelante—contestó desde dentro el Padre Enrique, dejando de orar y poniéndose en pie.

El que llamaba abrió la puerta y se quedó en el umbral.

El sacerdote fijó la vista en el que entraba, y exclamó sorprendido:

—¡Ernesto!

CAPITULO XVI

Proyecto infernal

Las ocho de la noche acababan de dar en el reloj de la alta torre de la Catedral de México.

Las últimas vibraciones de las campanas que daban la plegaria de ánimas, espiraban en la lúgubre habitación de una calle situada junto al hospital de Jesús Nazareno.

Sobre una mesa cubierta con un tapete oscuro, se veía el esqueleto completo de un cuerpo humano, dos calaveras de diferente tamaño, algunas canillas amarillentas, varias obras de medicina, una cajita abierta con instrumentos de cirugía, varios pomos con píldoras y polvos, un fintero de latón y un candelero con una gruesa vela que despedía una opaca luz sobre aquellos tristes despojos de muerte, que estaban revelando la miseria de la humanidad y lo fugaz de la existencia.

En las paredes de aquella lúgubre estancia, en que reinaba un profundo silencio, en vez de vistosos y agradables cuadros, se veían figuras iluminadas para el estudio de anatomía, varios dibujos mostrando los complicados tejidos del cuerpo y un curioso aparato en que se observaba la circulación continua de la sangre en el cuerpo humano.

Cualquiera, al penetrar en la estancia que nos ocupa, conocía que aquel sitio era el gabinete de un médico.

En medio de tantos objetos que recordaban al mortal el término de su vano orgullo y necia vanidad, se encontraba meditabundo un hombre, sentado junto a la mesa, puesto el codo sobre ella y apoyada la cabeza en la palma de la mano.

Una larga bata de grandes flores amarillas dejaba apenas ver un pantalón de casimir café, de cuadros negros, y unas chinelas bordadas que calzaban un pie ancho y mal formado.

Una gorra griega con abultada borla encarnada, cubría su cabeza, y una corbata alta negra, envolvía su corto y grueso cuello.

En la mirada de este hombre y en su fisonomía estaban pintadas la impaciencia y la inquietud.

En su torvo ceño y encapotada frente, se reflejaban un carácter impetuoso y la fiereza de un alma dominadora.

Después de haber permanecido largo rato quieto y meditabundo, dejó su actitud pensativa, hizo un movimiento de impaciencia, dió un golpe con la mano sobre la mesa, y se puso en pie pronunciando estas palabras:

—¡Oh!... ¡Me desespera el esperar!

Y se puso a pasear por la estancia a largos pasos.

De repente creyó escuchar ruido, se detuvo mirando hacia la puerta.

Al poco rato se abrió ésta, dando entrada a uno de los extranjeros, que vimos con Willey en el Puente de la Leña.

—Creí que ya no venía usted hoy—dijo el que había estado esperando, estrechando la mano del que entraba.

—Recibí el recado de usted, en que me suplicaba viniese, pero me ha sido imposible venir antes, doctor.

—¿Ha estado usted ocupado?

—Y mucho; como que he tenido que comprar las provisiones de boca para llevárnoslas al desierto en que vivimos y trabajamos.

—Y ¿cuándo es la marcha?

—Dentro de pocos días. Sabe usted que me detuve por la herida del señor Duval, que tan cerca se ha visto de la muerte; pero hoy que parece que está fuera de peligro, debo acudir donde me llaman los intereses de nuestra secreta sociedad.

—Aun no le veo yo fuera de peligro.

—¿Es posible?

—La herida fué muy profunda y en sitio muy noble, y cualquier cosa puede serle de funestas consecuencias.

—¡Malditos amores!

—Mil veces le he dicho que pueden sernos fatales.

—¿Usted?

—Yo.

—Pero, ¿qué precio puede hacer de lo que usted le diga,

respecto de amores, cuando ve que usted los tiene con cuantas mujeres hermosas ve?

—Es que mi sistema es muy diferente del suyo; él se somete en parte, a la voluntad de la persona que ama; yo hago que las personas que amo se sometan a mí; él emplea las razones, yo la fuerza; él la súplica, la calma y el respeto; yo la amenaza, el rapto y el terror. El tiempo es un tesoro muy precioso, y el hombre no debe desperdiciarlo; si la mujer nos ama, debemos hacerla nuestra antes de que se arrepienta; si nos aborrece, vencerla antes de darla tiempo a la defensa.

—Singular sistema.

—Sistema que da los mejores resultados.

—Pero que a usted le ha fallado, sin embargo.

—Una sola; y eso porque, como ya le he contado a usted, caí malo, y la joven cuyo rapto se verificó como había dispuesto, huyó de la prisión merced a una casualidad.

—Y ¿no la ha vuelto a ver?

—Jamás.

—Y, ¿tenía amante?

—Lo ignoro, porque yo no entraba en la casa; la veía en el balcón al pasar por su calle, siempre desdeñosa conmigo, y aprovechando un instante en que la vi salir a hacer una visita, dispuse el plan para apoderarme de ella, valiéndome, para conseguirlo, de un ardid, que me salió a la medida de mi deseo.

—Y ¿dice usted, que es la única que se ha salvado de sus asechanzas?

—La única. Todas las demás mujeres que han interesado mi corazón, han sido mías por la astucia, por el engaño, o por la fuerza. Dos me quedan aún por vencer: Elisa y Luz; la primera hubiera tenido ya que ceder, si la fatalidad no hiciera que siempre la encuentro acompañada; pero yo cambiaré de hora, y el triunfo será mío, pues la tengo sujeta por un papelito que obra en mi poder; la segunda, sentenciada ya a ser mía, y pocas horas transcurrirán sin que la sentencia quede cumplida.

—Veo que no cesa usted en sus propósitos.

—Nunca. Otros buscan oro y empleos sin separarse de los medios para conseguirlo; yo desprecio el oro y los empleos, y sólo busco la manera de satisfacer la pasión que me inspiran las hermosas.

—Pues, confieso que la empresa de usted es la más peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque si una sola mujer bastó para que el hombre perdiese el Paraíso y toda la raza de Adán padezca, ¿qué debe usted esperar que le sobrevenga de tantas como usted quiere?

—Espero que, puesto que perdimos ya por ella el Paraíso, enjague mi llanto en este mundo, que la mujer convirtió en valle de lágrimas.

—Mejor la enjuga una botella de buen vino de Oporto.

—Yo estoy por las mujeres.

—Pues yo estoy por las botellas; es decir, por el vino que contienen las botellas; y por eso llevo a nuestra oculta fábrica algunas docenas de cajas de excelente jugo de uva, que me hagan soñar que estoy en el Paraíso perdido.

—Pero espero que no querrá usted irse antes de que alcancemos el plan proyectado para que Luz sea mía.

—Se lo prometí a usted, doctor, en un momento de buen humor, y estoy dispuesto a cumplir mi palabra; pero me parece que será en otra visita que haga a México, porque por ahora creo que el día del golpe de mano está bastante lejos.

—Todo lo contrario; ha llegado ya y por eso precisamente me he tomado la libertad de llamar a usted.

—¿Cómo!

—Lo va usted a saber; pero, ¿está usted dispuesto a prestarme su ayuda?

—Le he dicho a usted ya que yo acostumbro cumplir lo que ofrezco.

—¡Bravo!

—Además, usted sabe que yo encuentro un especial placer en esas travesuras que proporcionan a los novios la rabia y la desesperación.

—Perfectamente.

—Y ¿qué ha sabido usted de Luz?

—Que se fué a Culhuacán con su familia a celebrar las fiestas de Semana Santa.

—¿Y Rafael?

—Está con ella.

—Y ¿qué ha pensado usted hacer?

—He pensado que salgamos mañana muy temprano, a caballo, para Culhuacán, que es un pueblito de indios, situado a un poco más adelante de Mexicalzingo; que observemos, sin ser vistos, en qué casa se han hospedado, y que indagemos el día y la hora en que han de volver.

—¿Y después?

—Después oíremos según lo exijan las circunstancias del momento.

—Pero, ¿ha formado usted su plan?

—Y uno infalible, aun cuando nos veamos precisados a modificarlo.

—Es que los planes cuando están expuestos a modificaciones, no suelen dar el resultado completo.

—El mío lo dará.

—Es decir, que Luz...

—Será mía mañana mismo.

—Y ¿no sabré...?

—Mañana lo sabrá usted todo en Culhuacán. Por ahora sólo quiero saber si está usted dispuesto a ir conmigo mañana.

—Lo estoy.

—¿Y sus compañeros?

—Lo mismo; respondo de ello.

—Bueno.

—¿A qué hora hemos de salir?

—A las ocho de la mañana, porque a caballo se tiene que rodear bastante.

—Pues a las ocho estaremos listos.

—Muy bien.

—Y ¿dónde será nuestro punto de reunión?

—En la calzada del Niño Perdido.

—Corriente; allí estaremos a las ocho esperando a usted.

—No hay que esperar.

—¿Y si la salud del señor Duval reclama su permanencia a su lado?

—No; porque aunque no está, como antes dije, fuera de peligro, tampoco se halla en un estado que necesite una continua asistencia del médico.

—Comprendo. Y ¿no tiene usted que comunicarme otra cosa?

—Por ahora nada se me ocurre.

—Pues, hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, mi buen amigo.

Y después de apretarse la mano, salió el que había entrado, quedándose Willey saboreando la esperanza de apoderarse al siguiente día de la mujer que estaba destinada a ser la esposa de Rafael.

CAPITULO XVII

Entre las flores, el áspid

Ha transcurrido un día desde que vimos a Ernesto penetrar en la pieza en que se hallaba el Padre Enrique.

En el pueblo de Culhuacán se advierte el mismo movimiento y no menor gentío.

A las ceremonias del Jueves, siguen las del Viernes Santo, en que los indios presentan en sus costumbres al observador cosas muy curiosas y originales, dignas de ser conocidas. Costumbres que, como otras veces hemos dicho en esta obra, son enteramente distintas de las de todos los demás habitantes del país, de quienes los indios se encuentran separados, y como formando sociedad extraña al resto de la nación; costumbres tan curiosas para los mexicanos de las villas y ciudades, como para los extranjeros.

Son las once de la mañana.

El día está limpio y sereno.

Los indios, llenos de afán, y cumpliendo las órdenes del que los dirige, colocan en medio del atrio de la iglesia el púlpito en que ha de predicar el cura al aire libre, para que pueda oír todo el mundo el sermón de «las tres caídas».

El atrio y los sitios próximos a él, están apretados de gente de ambos sexos, que se rebulle como las tranquilas olas de un mar bonancible en un día sereno en que el lánguido viento apenas osa holgar la blanca lona de las velas de las velas.

Los indios han dejado sus chozas para asistir al sermón, y ellos por oír, y las personas de la capital por observar, se apiñan alrededor del púlpito, formando un cuerpo compacto impenetrable.

—¿Quieren ustedes que busquemos otro sitio donde la gente no les moleste a ustedes tanto?—dijo un caballero elegante a un señor de avanzada edad y a dos señoras, anciana una, y joven y hermosa la otra.

—No; estamos bien, Rafael—dijo la última, sonriendo dulcemente—; sólo que papá y mamá dispongan otra cosa.

—No—contestó la anciana—, deseamos verlo todo, y éste es un sitio el más a propósito.